

EL APRENDIZ DE BRUJO Y EL MISTERIO CROMÁTICO

Apuntes sobre Funciones Léxicas entre términos que designan color y sus adjetivos derivados

Me gustaría comenzar a lo C. S. Lewis: “This is a story about something that happened long ago when your grandfather was a child”. Pero mi historia ha pasado hace menos tiempo o, al menos, eso creía yo.

Todo comenzó cuando un pequeño aprendiz de brujo aceptó el reto de la Musa Lingüística: ¿Qué hay tras los colores?

Como sabéis, todos los brujos —y en especial los brujos del lenguaje— buscan fórmulas mágicas que expliquen cosas.

Así fue cómo el aprendiz comenzó a saborear sus primeras exquisiteces cromáticas. Descubrió que existía una palabra que se aplicaba únicamente al color del vómito: porráceo (!) y otra—más bonita— que sólo describía a los ojos azules: zarcos. En esto, también aprendió historia y vio que la segunda guerra de independencia italiana fue fructífera en lo que a colores se refiere, ya que los colores solferino y magenta, se deben a las batallas del mismo nombre, acuñados en recuerdo a la sangre derramada en 1859.

Más tarde, también oyó hablar de un tal Fuchs, que inventó el fuxia mientras miraba flores alemanas. Pero el aprendiz no quedaba contento con estos manjares, y la Musa Lingüística insistía en que había algo debajo de ese amalgama de redes de colores que se interconectaban entre sí.

Para saber que los colores están relacionados entre sí no hace falta ser brujo. Echemos un vistazo a los adjetivos derivados de color. Todos utilizamos palabras como rojizo, negruzco o anaranjado. Añadimos sufijos a colores y ¡oh casualidad! el mundo nos entiende cuando decimos palabras que no existían antes. ¿Una prueba de ello? Por ejemplo: “rojoso”, con casi 1000 Google-apariciones, o el valiente “amarillado”, con algo menos de 400. ¿No os parecen muchas apariciones para palabras que técnicamente no existen? Entonces, si ocurre esto, si entendemos colores que no existen, es que hay algo allí debajo. Y nuestro aprendiz, pensando que en las definiciones de las joyas lexicográficas encontraría la solución a esa maraña de interconexiones, se dedicó a investigar tooodas las definiciones del DRAE con la



palabra color (nada menos que 2281)... Pero esta búsqueda le sirvió de poco. Nada de fórmula mágica, es decir, nada de relaciones sistemáticas, es decir, recurrentes, es decir, predecibles.

Sin embargo, ingenuamente (y no tan ingenuamente) seguía sospechando el aprendiz (y sopechamos nosotros) que la conexión que hay entre rojo y rojizo será similar a la que hay entre azul y azulado. Incluso con los colores más sofisticados (zafíreo, armiñado, arrosquetado...) volvemos a encontrar una prueba: la relación es la misma.

Si intentáramos encontrar una realización de estas relaciones recurrentes en nuestros diccionarios acabaríamos como el pequeño aprendiz: desquiciado. Tan desquiciado, que emprendió un viaje hacia tierras lejanas en busca de respuesta. ¿Por qué rojizo “tira a rojo” (DRAE), mientras que amarillo es “del color semejante al amarillo” (Clave) ? y ¿por qué azulado es “algo azul”

(Moliner) y verdoso en “del color semejante o con tonalidades de verde” (Clave) y no al revés? A lo mejor el azulado es el que tiene tonalidades —¿qué es tonalidad?— y el verdoso es algo verde, quién sabe. Para colmo, grisáceo es “de color gris o parecido a él” (DRAE) y ¡sorpresa! rosado es “dicho de un color: como el de la rosa” (DRAE). Por cierto, ¿de cuántos colores puede ser una rosa? Si subyace la misma idea, ¿no sería mejor crear un modelo para todos ellos? El pequeño aprendiz pensó todas las incongruencias lexicográficas y se respondió a sí mismo: “...that happened long ago when your grandfather was a child.” Pero ya no. Y siguió buscando.

Y tras topar y preguntar a muchos llegó a Canadá, donde oyó hablar de la MTT (Meaning-Text linguistic theory) y se encontró con un ruso famoso que le dijo: “He aquí un ejemplo de Función Léxica”. (?).

El aprendiz volvió a su casa e investigó y se dio cuenta de que al menos para esos ejemplos de adjetivos derivados podría aplicarse la Función Léxica Micro (posesión de una propiedad en grado mínimo): F(x) Micro (azul) = azulado; o sea, que

no llega a ser azul.

Y así fue como el pequeño aprendiz comenzó de dilucidar el misterio de los colores, mientras que otra pregunta comenzó a golpearle en el cerebro... Si se puede sistematizar un pequeño grupo de palabras del léxico como éste, ¿no se podría hacer lo mismo con todo el lexicón, añadiendo algunas funciones más, quedando así todas las palabras y lexías interrelacionadas como mil telas de araña? Pero esta vez no se iría hasta Canadá para descubrirlo.

L.RELLO

GRAMÁTICA Y ABURRIMIENTO

Seguramente se pensaba el lector de este escrito que iba a hablarle de lo aburridas que resultan las clases de gramática o algo parecido, aunque supongo que si se ha puesto a leerlo es porque no sabía del todo de qué iba a hablarle y le picaba un poco la curiosidad de lo que esas dos palabras juntas podían significar, quizás con la débil esperanza de que yo hablara de eso que está ahora mismo sintiendo que la unión de esas dos palabritas significaba. Nunca se sabe, pero aún queda alguna esperanza, puesto que todavía no me he puesto a hablar del asunto.

La adquisición de la gramática de la lengua de la que es uno nativo (aquella de las del universo mundo que le haya tocado) es un proceso que dura desde los primeros balbuceos infantiles -aquellos que las películas nos dicen que los papás tratan de interpretar ansiosos como de boca de una sibila— hasta algo así como los siete años, edad en la que normalmente el niño ya conoce todos los mecanismos de su lengua y los utiliza con bastante precisión. Desde el momento en que el niño ha alcanzado este conocimiento subconsciente de la gramática, nada nuevo le queda por aprender en este mundo, por lo menos en lo que a su gramática se refiere. Largos años todavía le costará hacerse con el dominio de la mayor parte del vocabulario que los adultos utilizan para su sorpresa y espanto, pero esto son sólo palabras nuevas que se añaden a un esquema ya conocido: esa extraña parte de la gramática que es el vocabulario. La capacidad de aburrimiento de un niño depende del dominio que haya alcanzado de su lengua. Eso es lo que queremos hacerle sentir al lector.

Desde luego que uno de esos adorables bebés que a lo más que llegan es a decir “babababa” o “abababa” no se aburren nunca. Desde luego que no: un niño de éstos no conoce el aburrimiento, sino el sueño. Y ésta es la

principal característica del aburrimiento: que para tenerlo tiene uno que saberlo. Es imposible estar aburrido y no darse cuenta. Quizás pueda uno disimularlo, hacer cosas para no pensar en lo aburrido que está, coger el coche, poner la tele, llamar a la ex,... pero al final uno acaba confesando y rindiéndose ante la evidencia: está aburrido, más aburrido que una ostra. Intenta hacer cosas, pero nada le apetece, se cansa pronto y vuelve a vagar de un lugar a otro en busca de algo incierto que le libre de aquel estado de horror constante. Y ésta es la otra cara de la moneda: que sólo lo inesperado libra del aburrimiento. Uno tiene que acabar rindiéndose como sea al estado de tedio y dejar de buscar lo inesperado y sólo entonces, milagrosamente, el aburrimiento desaparece. En el preciso instante en que nos habíamos rendido a él, algo inesperado surge, una flor en el desierto, una chispa que llena de luz la oscuridad o de sombras la luz.

Pero es que uno sólo se aburre cuando todo lo que le rodea le resulta demasiado familiar, cuando tiene la sensación de que todo su mundo se lo tiene ya sabido, y esa sensación sólo puede tenerse (y se tiene) en el momento en que uno ha conseguido dominar la gramática de su lengua. Desde ese preciso instante ya nada de lo que suceda en el mundo será insospechado: todo se ajustará a la estructura temporal, modal y aspectual de su idioma, todo se presentará bajo un nombre y un concepto correspondientes. Aquel su mundo mágico de infante que recuerda borrosamente a través de sus lentes gramaticales, aquel paraíso de indefinición, posibilidad infinita y sentimiento salvaje, ha quedado mortificado por el idioma que lo haya sometido a sus categorías. Desde ese momento, el mundo ha de aparecer como algo necesariamente aburrido y el niño dirá entonces “me aburro” en primera persona singular del presente de indicativo y será ya una persona, un adulto entre los adultos.

D. PASCUAL